

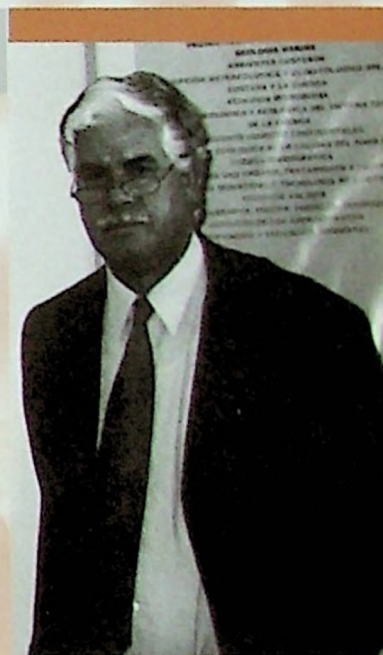
VIVIR ENTRE DOS CULTURAS: LA DIFÍCIL SUSTENTACIÓN DE LA DIFERENCIA

*Jorge Rojas Hernández**

INTRODUCCIÓN

ENTRE 1973 Y EL 2000 HAN TRANSCURRIDO 27 años del trágico episodio que marcó para siempre la historia y la vida de la sociedad chilena. Este capítulo aún no se cierra, aunque las fuerzas políticas conservadoras, los “vencedores”, desean fervientemente cerrar definitivamente la página, olvidar el pasado y pensar sólo en el futuro, dejando que los muertos entierren a sus muertos, aun cuando sus paraderos permanezcan desconocidos... A su regreso al país, luego de su arresto o larga “retención” de Londres, más de cien procesos buscan inculpar a Pinochet por los asesinatos, torturas y desaparecimientos forzados ocurridos bajo el régimen militar.

El 23 de mayo de 2000 se filtró –y luego se confirmó– a la opinión pública la noticia de que la Corte de Apelaciones de Santiago habría desaforado al dictador autorrefugiado en la inmunidad del Senado, para someterlo a



Jorge Rojas Hernández

*Magister en Sociología y Ciencias Políticas de la Universidad de Hannover, Dr. Phil. Universidad de Hannover, Alemania Federal. Profesor Titular del Departamento de Sociología del Programa de Doctorado en Ciencias del Medio Ambiente del Centro EULA-Chile y del Programa de Doctorado en Educación de la Universidad de Concepción. Subdirector de Formación e Investigación del Centro de Ciencias Ambientales EULA-Chile, Universidad de Concepción, Chile. Autor de numerosas publicaciones.



proceso. Parece que estaba esperando esta noticia para empezar a escribir este artículo, con la esperanza de ver algún indicio de justicia. La derecha que durante su arresto en Londres clamó por el atropello inglés a la soberanía nacional, por el hecho de retener a un senador de la República y que defendió la competencia de los tribunales chilenos para ocuparse de los casos de atropello a los derechos humanos, ahora cambió su discurso patrioter y ofrece intercambiar la impunidad de Pinochet por reformas políticas, que permitan cerrar la transición a la democracia. A esto denominan el paquete de la "paz social".

La historia del 11 de septiembre de 1973 aún no finaliza, aunque la Moneda haya sido remodelada, incluso abierta al tránsito de peatones y la democracia se haya reinstalado hace más de diez años. Chile avanza hacia la modernización, como queriendo olvidar en medio de la altura de los edificios y el esplendor de los productos importados, dejando atrás parte de su historia, entrando en el mercado y el mundo globalizado. Pero las heridas del pasado siguen abiertas, el bombardeo no ha cesado, las balas no han sido extraídas de los cuerpos, los muertos deambulan sin destino y los asesinos se han disfrazado de civilizados, callando lo que saben, sin testigos ni memoria, como si nada hubiese ocurrido o todo hubiese sido una simple equivocación.

Con un cierto éxito, semejante y paralelo al económico, la influyente elite, especialmente los herederos naturales del régimen autoritario, han buscado producir un "blanqueo" de Chile (Moulian, 1997: 33), un Chile sin memoria, reconciliado, digno de la confianza de los inversionistas, pragmático, libre de resentimientos, odiosidad y afanes de venganza. Es decir, un país emprendedor, que entierre sus heridas y mire con optimismo su futuro.

EL QUIEBRE DE 1973

Miren, ustedes son sacerdotes y trabajan en la iglesia. Ustedes pueden permitirse el lujo de ser misericordiosos y benevolentes. Yo soy soldado y tengo, como jefe del Estado, la responsabilidad de todo el pueblo chileno. El bacilo del comunismo ha invadido al pueblo. Por eso tengo que exterminar el comunismo. Los comunistas más peligrosos son los miristas. Hay que torturarlos porque si no, no cantan. La tortura es necesaria para extirpar el comunismo (declaraciones de Pinochet en: Ahumada y otros, tomo I, 1989: XXVII).

Estas declaraciones fueron hechas por Pinochet, el 24 de julio de 1974, al obispo Fernando Ariztía y al obispo de la iglesia luterana, Helmut Frenz, en una audiencia que les concedió en la calidad de presidentes del Comité de Cooperación para la Paz en Chile (COPACHI). Ambos personeros de la igle-



sia estaban en poder de numerosas denuncias, debidamente documentadas, sobre casos de torturas y existencia de centros de tortura a lo largo del país. Para Frenz, la expresión violación a los derechos humanos resultaba, en ese momento, una fórmula “eufemística y apaciguante”, frente a los crímenes gravísimos cometidos en nombre del Estado y con su autorización: detenciones arbitrarias, deportaciones y desaparición de personas, tortura y asesinato por orden del Estado. Al enfrentar a Pinochet, los sacerdotes fueron cuidadosos y prefirieron hablar de “apremios físicos” en vez de tortura, pero el propio dictador los increpó “¿quieren ustedes decir tortura?”. Luego defendió, sin eufemismos, la necesidad de la tortura, como instrumento legítimo para combatir a quienes eran considerados enemigos.

El pastor Frenz pagó con la expulsión de Chile su compromiso con la causa de los derechos humanos. Como muchos chilenos, tuvo que abandonar el país para salvaguardar su vida, regresando a Alemania, su país de origen. Su persona, sus acciones, representa emblemáticamente la solidaridad alemana con el pueblo chileno, sobre todo con los perseguidos. Entre ellos se encuentra también mi persona.

1973, 11 de septiembre, constituye una fecha traumática e inolvidable en la vida del país, especialmente de las víctimas, de los que sufrieron la persecución por sus ideas, por luchar por una sociedad más justa e igualitaria. Aún hoy, en el año 2000, en la entrada del siglo XXI, persiste vivo el quiebre violento de la democracia y de la convivencia entre los chilenos.

DE LA EMBAJADA AL EXILIO

Entrar a la embajada alemana en Santiago, así como a la de otros países, era una verdadera hazaña. Cercadas por militares o policías, atentos a cualquier movimiento extraño en su cercanía, resultaba muy difícil y arriesgado saltar un muro o golpear sus puertas. Para franquear los guardias se requería de la ayuda de instituciones humanitarias, como la iglesia. Se produjeron muchos casos de personas detenidas en los intentos de ingresar a las embajadas, así como de disparos contra los que saltaron muros, en busca de un territorio internacional protegido por las Naciones Unidas. Las entradas más formales, en algunos casos, requerían incluso de la “aprobación” de los partidos políticos organizados al interior de las embajadas, a fin de impedir el desmantelamiento de los partidos en el país y de evitar posibles infiltraciones del exilio por parte de los servicios de seguridad. Finalmente, antes de partir se produjeron los interrogatorios realizados por agentes de la policía alemana sobre la vida política del exiliado. Se trató, sin embargo, de un interrogatorio “voluntario” y amable.

Luego, la llegada a Alemania a fines de diciembre de 1973, en pleno invierno, frío y cubierto de nieve. Otra cultura, otro idioma, otra gente, otra

geografía. Todo era extraño, muy diferente a Chile. El fuerte sentimiento nacional, que históricamente ha cultivado el chileno, se reforzó en el exilio. La primera reacción fue siempre encontrar todo “malo”, el rechazo a la nueva realidad, la incompreensión de la nueva sociedad, agravada por el desconocimiento del idioma y la cultura.

La recepción fue cálida y bien organizada. Muchas familias alemanas, especialmente jóvenes, estaban dispuestas a llevarse a sus casas a una familia chilena para, de esta manera, facilitar nuestra integración. De hecho ello ocurrió, con muy diferentes resultados, incluyendo desencuentros culturales. Los problemas elementales fueron rápidamente resueltos, hasta quedar en departamentos, con cursos de idioma, becas para estudiar, kindergarten para los niños, trabajo para algunos y guías para enfrentarse a las instituciones y desafíos cotidianos.

LA SOLIDARIDAD

Las campañas por Chile en Alemania fueron impresionantes. Rápidamente se crearon innumerables Chile-Comités en diferentes ciudades. Nunca podré olvidar la gigantesca manifestación solidaria realizada a comienzos de 1974 en la ciudad de Frankfurt, convocada por los Chile-Comités existentes en Alemania. En ellos la participación de los chilenos exiliados era fundamental. Muchos jóvenes alemanes se politizaron con la experiencia chilena. Había que contar una y otra vez la experiencia socialista del gobierno de Allende, la historia de los partidos políticos, las causas del golpe militar y las perspectivas de lucha. Los chilenos, durante los primeros años de exilio, permanecieron organizados en sus respectivos partidos políticos, lo que se tradujo también en la reproducción de rencillas políticas y actitudes sectarias. Cada partido tenía una explicación particular al fatal desenlace de la historia. Los partidos alemanes, incluyendo a los extraparlamentarios, buscaron sus afines y apoyaron a los que mejor se acercaban a sus propias ideologías o definiciones doctrinarias. Con el transcurso del tiempo, esta tendencia se fue agudizando, introduciendo irracionalidad e ineficacia a las acciones del exilio.

Pero la solidaridad alemana fue también muy espontánea y masiva. Se emprendieron muchas acciones importantes para salvar la vida a muchos chilenos que estaban aún presos en Chile. Se apoyó la reconstrucción de los sindicatos, a poblaciones pobres víctimas de la represión, a comedores populares, a las organizaciones de defensa de los derechos humanos. Se recolectaron recursos económicos para apoyar la resistencia contra la dictadura.

Los primeros años de exilio fueron alivianados por esta inmensa solidaridad, por la generosidad de muchos alemanes, a quienes les recordaba la dura época del fascismo y, al mismo tiempo, anidaban la esperanza de con-

tribuir a poner fin a la dictadura. Se creía en la resistencia, en la capacidad histórica de organización del pueblo chileno, se creía incluso, en un comienzo del exilio, en la posibilidad de una división del ejército, entre constitucionalistas liderados por el general Carlos Prats y golpistas, encabezados por Pinochet. Esto último tampoco sucedió y Prats, con su señora, murieron en Buenos Aires, víctimas de un atentado terrorista planificado por la dictadura, como recién a partir de 1999 comienza a ser clarificado por una jueza argentina que investiga dicho crimen. La izquierda no entendió el carácter “fundacionalista” de la intervención militar y se propagó la ilusión de una caída inminente del régimen militar. Lo que no ocurrió, profundizando la desesperanza y desazón entre los exiliados.

EXILIO PROLONGADO

El exilio se prolongó, para algunos chilenos incluso se hizo permanente, sin retorno. Algunos fallecieron en el exilio, sin poder volver a ver la tierra donde seguían atrapadas sus raíces. Otros vivieron con la culpa del exilio, de haber abandonado la lucha, de ser “traidor” a la causa revolucionaria. Un grupo, minoritario, retornó clandestinamente al país, obedeciendo a algún ideal emancipatorio, una orden del partido o de algún caudillo equivocado. Pero todo fue inútil, la dictadura sobrevivió a todos los análisis apresurados y a las acciones voluntaristas de querer derrotarla. Los ideales tuvieron un alto costo para sus autores, en algunos casos les costó la vida o la separación familiar.

El exilio prolongado a la larga se transforma en una segunda derrota. Los partidos dejan de existir o se transforman en el último refugio de la patria lejana, inaccesible. La acción solidaria se limita a lo mínimo: al primero de mayo, al 11 de septiembre y reuniones en comités reducidos. El proceso progresivo de despolitización avanza en la conciencia de la mayoría de los chilenos, inmovilizándolos, generando inercia, disputas entre posiciones políticas, desconfianzas y distanciamiento entre amigos.

Todo ello se traduce en dispersión y, finalmente, en la búsqueda individual de caminos. Un sector de exiliados buscará por todos los medios retornar a Chile, lográndolo a mediados de la década de los ochenta, cuando la dictadura, como consecuencia de las protestas populares de esa época, permite el regreso al país de algunos chilenos, publicando sus nombres en diarios y consulados. Se trata del regreso legal. Muchos políticos, hoy en el Parlamento y el Gobierno de la Concertación, regresaron en ese momento. Pero también lo hicieron chilenos agobiados por el exilio, no deseosos de integrarse a la sociedad alemana, especialmente aquellos que vivían con las “maletas listas”, como se acostumbraba a decir.

El exilio significa desarraigo, separación violenta del hábitat territorial,



S1 S11 RICHTUNG WEDEL
S3 S21 RICHTUNG PINNEBERG

↑ S-Bahn

humano, social y cultural de una persona. Significa destruir los lazos comunitarios y societarios de un individuo, arrojándolo a un medio desconocido donde, por lo general, no quiere vivir. El exilio se traduce en una especie de desgarramiento interior, entre una parte del cuerpo que sigue afiatado a la tierra de origen, negándose a aceptar la nueva realidad y otra parte del cuerpo que sobrevive trasplantado, sobrepuesto en una nueva realidad. Esta escisión existencial es cotidiana, permanente. Se vive leyendo periódicos en español, recibiendo y archivando recortes de prensa sobre los acontecimientos del país, se escucha la radio Moscú, donde periodistas en el exilio informan sobre la resistencia. Se cuentan los días, meses y años, en medio del insomnio, el cansancio y la desesperanza. Se vive dividido, recordando la patria, la ciudad natal, los familiares, los amigos. Los recuerdos reconstituyen una y otra vez el pasado, impidiendo que se construya el presente y se avizore el futuro.

LA DIFÍCIL INTEGRACIÓN

Un grupo quiere retornar al país, otro se trata de integrar a la sociedad alemana y otro se desintegra. Pero, en el fondo, todos quieren regresar, sólo que mediante diferentes estrategias, plazos y caminos.

El proceso de integración a la sociedad alemana fue difícil. La primera barrera lo constituye el idioma, la segunda es de carácter cultural y la tercera, probablemente la más importante, la constituye la resistencia psíquico-cultural a perder lo propio, a pensar y actuar en forma diferente. Por otro lado, las facilidades proporcionadas por el “estado de bienestar social” permiten una forma pasiva o espontánea de integración: el acostumbrarse a no vivir en la necesidad, a tener asegurada la sobrevivencia, aun sin la imperiosa necesidad de trabajar o de hablar alemán. El “Arbeitsamt” y el “Sozialamt” son vocablos institucionales que traducen la integración pasiva y hacen llevadera la vida en el exilio, aunque la dependencia económica, en algunos casos, produjo frustración, apatía y depresión permanentes.

Los prejuicios y estereotipos existentes entre muchos chilenos sobre la sociedad alemana: por ejemplo, los alemanes son “fríos”, “individualistas”, “programados”, “racionalistas”, “racistas”, se consideran “superiores”, “autoritarios”, etc., dificultaron la comprensión de la sociedad alemana y, por ende, retardaron el proceso de integración.

Otros se integraron, consumiendo. La sociedad alemana ofrecía —ofrece aún— muchas posibilidades de consumir, de adquirir bienes que, en la década de los setenta, sólo eran accesibles en Chile a una minoría. Rápidamente los chilenos adquirieron autos, refrigeradores, artefactos electrónicos, lavadoras, muebles, etc., así como pudieron viajar y disfrutar de vacaciones. Ningún chileno se hizo rico ni vivió el llamado “exilio dorado”, pero no le faltó

nada elemental, salvo la patria, el terruño, algo que probablemente cuando se tuvo no se apreció tanto como cuando se perdió. Se entró al consumo, aunque haya sido en forma moderada, sin mayor ostentación. También había que enviar ayuda económica a familiares necesitados en Chile.

También hubo quienes rechazaron el consumo y decidieron vivir en forma alternativa, asumiendo pautas y valores de vida provenientes del movimiento estudiantil del '68. Se incorporaron a comunidades, vivieron solidariamente. No fueron los más, pero fueron consecuentes. Estos sectores fueron los que mejor se integraron a la sociedad y los que con mayor rapidez "olvidaron" la patria. Eran jóvenes asimilados al medio alemán, familiarizados con la música, el arte y las nuevas formas de relaciones humanas que surgieron de los movimientos sociales.

No tenían patria que perder, no estaban dispuestos a vivir pensando en algo que estaba demasiado lejano, a un país que, si bien los había visto nacer, no los había visto crecer. El rápido aprendizaje del idioma, el establecimiento de relaciones con alemanes —de tipo amorosa, amistosa, de estudio, de trabajo y de convivencia— facilitaron enormemente el camino de integración a la sociedad alemana. El ser chileno les servía, en todo caso, como carnet de presentación, porque venían del socialismo, de un país pequeño que había intentado hacer una verdadera hazaña: abolir el capitalismo y construir el socialismo desde la democracia. Y por lo tanto, aunque derrotados, eran una mezcla entre "héroe" (idealista) y ciudadano golpeado del tercer mundo.

Algunos de estos chilenos asimilados a la cultura alternativa no lograron traspasar la frontera apátrida. Sus padres seguían representando el pasado, la derrota y la vida alternativa era dura y no garantizaba el éxito. Algunos jóvenes alemanes de la escena alternativa sufrían también sus dramas particulares y sociales, expresados en el rechazo del conservadurismo y la represión del estado alemán. Precariedad económica y social, desorientación, crisis de relaciones familiares y personales e incomunicación, dificultaban enormemente la posibilidad e intento por organizar y construir nuevas formas de vida y relaciones humanas. Los jóvenes chilenos, que frecuentaban el medio alternativo, fueron víctimas de una doble frustración: la incompreensión familiar y la del medio alternativo más radical. En algunos casos se produjeron desenlaces trágicos, caída en la drogadicción y en conductas delictivas. Ello se agravó con la desintegración de las familias: los padres se separaron, uno de ellos regresó a Chile, con uno o todos los hijos o bien, los hijos, ya grandes, se quedaron en Alemania.

Otros chilenos, los menos, trataron de mantener un "equilibrio" entre lo viejo y lo nuevo: Mantuvieron una difícil relación con Chile, mediante la información permanente, la solidaridad, el análisis crítico de los acontecimientos y de los partidos, dudando sobre la eficacia de la "resistencia" y de las posibilidades de derrocar al régimen militar, sufriendo desde lejos las



razzias practicadas en contra de jóvenes de poblaciones (conocidas como “operaciones rastrillo”, la detención de todos los jóvenes de la población) y apoyando con entusiasmo y esperanza las protestas populares. Al mismo tiempo aprendieron alemán, se reciclaron profesionalmente, asimilaron los valores y comportamientos alemanes, respetando y apreciando los aspectos positivos de la sociedad alemana. No olvidaron su país, pero aceptaron la nueva realidad y se integraron socialmente, incluso políticamente, tomando parte en las discusiones y alternativas políticas imperantes en Alemania. Estos chilenos establecieron relaciones estables y profundas con alemanes, amistades que se mantienen inalterables al tiempo y la distancia.

EL PAÍS QUE YA NO EXISTÍA

Chile había cambiado profundamente, ya no era más lo que un día fue o lo que pensamos que había sido, cuando soñábamos desde lejos, desde el exilio, cuando rememorábamos su cordillera, mar y campo, su cultura y familia campesina. Ahora, era un país famoso por su dictadura y sus exportaciones. No se podía hablar muy fuerte ni claro. Los amigos ya no existían, habían muerto, emigrado o se habían olvidado de nosotros. Casi nada quedaba del pasado, salvo el nombre del país, algunos rincones y calles conocidas, aunque cambiadas, transformadas en negocios o edificadas con edificios. Es decir, a veces el cemento había tapado los recuerdos, borrado las pequeñas casitas, donde hablábamos bajito y creíamos ser felices, sin grandes ambiciones ni globalizaciones.

Ahora, el país se había internacionalizado, buscaba nichos para sus productos, sobre todo para los llamados no-tradicionales. El comercio y las ganancias inundaban el vocabulario y las preocupaciones de los chilenos. El RUT (Rol Unico Tributario), una especie de número de presidiario, símbolo de la modernidad criolla, es lo más importante en la vida cotidiana. Sin RUT no se puede hacer nada, se carece de identidad, dignidad y credibilidad. Quien no tiene RUT no tiene territorio ni domicilio, es simplemente apátrida. Es indispensable para conseguir trabajo, para pagar con cheque, para abrir una cuenta bancaria, para obtener tarjeta de crédito, para matricularse en la universidad, para comprar o vender, para casarse o anular el matrimonio, para viajar, abandonar o ingresar al país, para recibir una carta del correo... Para todo es indispensable y se pregunta en cualquier circunstancia. El proceso de reintegración, la re-chilenización, pasa por éste RUT. Con el tiempo, se termina por aceptarlo, por aprenderlo de memoria y escribirlo automáticamente, como algo íntimamente nuestro, como el verdadero yo objetivado, numerizado. Forma parte del Chile moderno, individual e individualizado.

Muchas cosas no se entienden, simplemente. El lenguaje no es directo, está profundamente estructurado y codificado. Y los códigos, su desciframiento, son indispensables para entrar a la nueva sociedad, para comprenderla y buscar los intersticios adecuados de integración. Muchas veces un sí significa un no, depende cómo se diga, cómo se pronuncie. Bajo la dictadura no se podía hablar abiertamente, había que camuflarse, decir las cosas de otra manera. El lenguaje se convirtió en un instrumento fundamental de supervivencia. Uno no debe saber nada, el saber o la información constituye un peligro, porque es visto como una amenaza por los servicios de inteligencia. Mientras más “tonto”, menos informado y menos “inteligente”, mejor para el ciudadano. La inocencia y la ingenuidad constituyen virtudes apreciadas por el poder militar y económico. Y el estado de inocencia se puede aprender inteligentemente. Es decir, se entiende y no se entiende al mismo tiempo para sobrevivir, pero luego el lenguaje y sus secuelas permanecen, persisten en la sociedad postdictatorial como herencia y transformación.

Veinte o más años de alejamiento producen una significativa distancia entre los que se fueron y regresaron. Simplemente no se entienden las nuevas relaciones sociales y manifestaciones culturales. Se es extraño o el país resulta desconocido, por lo que es necesario empezar de nuevo, una especie de nuevo “exilio” interior.

¿Dónde está la comunidad, se preguntan los que regresan? ¿Dónde están mis raíces? ¿Dónde está mi país? Estas preguntas quedan sin responder.

El que partió al exilio se llevó como equipamiento un determinado país. En Alemania, a pesar de las resistencias a integrarse, el exiliado cambió bajo el influjo de la cultura y modo de ser alemán: se hizo más crítico, más abierto y más exigente, más formal y consciente de sus derechos. Por su parte, el mercado y la dictadura transformaron profundamente la sociedad chilena y los chilenos: les arrebataron sus derechos civiles y políticos, reduciéndolos a meros objetos de intercambio.

El chileno tuvo que abdicar de su pasado, olvidarse de sus tradiciones. En primer lugar, se despolitizó: la política, desprestigiada y reprimida por el régimen militar, dejó de tener sentido en la vida cotidiana del ciudadano. Ahora, para vivir había que prescindir de la política. La política se transformó en algo peligroso e indeseado. En segundo lugar, el chileno dejó atrás el sentido comunitario o colectivo, para entrar al progreso en forma individual, transformándose en competitivo. El individualismo surge del dominio del mercado y de la falta de estado social. Para triunfar en la vida es necesario atravesar individualmente la selva del mercado.

El retornado se encuentra con otro tipo de chileno, un ser con un perfil que no coincide para nada con el que conoció en el pasado, con lo que él mismo fue en definitiva. Esta realidad no se entiende o no se quiere entender, porque es dolorosa y desconcertante, muy difícil de aceptar. Entonces,

se puede volver a Alemania, ya sea imaginariamente o de verdad. Se vive desdoblado, con muchos países y realidades y sin ningún territorio seguro.

EL PRECIO DE SER DIFERENTE

Los testimonios que a continuación se relatan confirman las dificultades que representan los procesos de reintegración de personas que vivieron en exilio en Alemania (puede asimilarse también a experiencias ocurridas en otros países). El factor personal o subjetivo es esencial para poder comprender mejor lo que significa reincorporarse a una comunidad que se perdió y que no está dispuesta a recibir con los brazos abiertos a los hijos que partieron al extranjero, aunque haya sido por razones involuntarias y de fuerza.

A mi regreso a Chile, en 1983, me resultó muy difícil comprender los códigos de habla empleados por los chilenos. En sectores democráticos, con los que uno tenía normalmente relaciones, resultaba difícil establecer relaciones. Te observaban con desconfianza, como un ser "raro", diferente, vestido con otras ropas... Ellos se quedaron adentro, en Chile. Tú saliste, al exilio "dorado", lo pasaste bien, mientras que los que se quedaron lo pasaron mal, se sacrificaron. Se siente envidia profesional. Por lo tanto, no había posibilidad de comunicación. Había que pensar en otras cosas. Ya no hablé más de que fui exiliada. Traté de borrar el hecho de haber sido exiliada. Cada vez me resultaba más difícil decir "yo fui exiliada".

Por su parte, algunos exiliados, en Santiago, vivían del pasado. Se juntaban y hablaban de lo rica que eran las Bratwurst, la cerveza y de lo bien que lo habían pasado en Hamburgo o Hannover. La historia se repetía. Ahora hablaban mal de Chile, todo lo encontraban malo. Igual que en Alemania, al comienzo del exilio, todo era malo...

La gente no maduró la experiencia del exilio, en el sentido de decir esto fue bueno o malo. Tampoco se maduró el retorno. Las experiencias del exilio no se analizaron ni comunicaron. En mi trabajo con exiliados retornados, entre 1985 y 1991 en la OIM (Organización Internacional de Migraciones), pude constatar esta falencia, la falta de espacios y discusiones sobre las experiencias de exilio.

¿Dónde se plasmaron las experiencias del exilio? La sociedad chilena no creó espacios para aprovechar las experiencias de los exiliados en el extranjero. No se valoró la visión más amplia que se podía traer de afuera. No se reconoció el aporte que esta visión podría significar para el desarrollo de la sociedad chilena. Por el contrario, ¡ojalá nadie se entere que fuiste exiliado!

Resulta muy difícil integrarse a la sociedad chilena. No se produce una integración profunda de tu ser, porque no te reconocen tus valores, lo que eres. Este es un país muy escindido socialmente. Un sector social no conoce al otro. Nosotros somos una escisión más. Pero lo que se quiere ocultar no se puede ocultar, siempre sale a flote, reverbera... La gente en Chile ve sólo

parcialidades. Nadie dice que el problema de los derechos humanos es un mal para todos, como también lo es el exilio. Además, el hecho de ser mujer y de vivir sola con sus hijas complica aún más las relaciones. Se vive encerrada, trabajando, con pocas amistades.

Eramos diferentes. Es muy difícil asimilarse como diferente y ser aceptado como diferente. Por lo mismo que no te puedes integrar completamente, porque eres diferente y no te respetan como tal. En Alemania aprendí a ser más tolerante, a tener una visión más amplia de las cosas y problemas. Allá es posible ser diferente y se respeta la diferencia, hay más oportunidades. En Chile, la sociedad es más superficial, lo que dificulta el diálogo y la comunicación. Si a ello agregamos la inseguridad en el trabajo y las bajas remuneraciones, se completa el cuadro de las dificultades de reinserción... (entrevista a retornada de Alemania, 4.6.2000).

Mario llegó a Alemania en diciembre de 1976. Vivió en la cuenca del Ruhr, en Bochum, Essen y Gelsenkirchen hasta 1990, fecha en que regresó a Chile, a la ciudad de San Felipe. Llegó joven a Alemania, estudió Pedagogía Social y trabajó vinculado a la iglesia luterana. Trabajó activamente en comités de solidaridad con Chile, apoyó proyectos sociales. Se solidarizó con los extranjeros discriminados en Alemania y se integró a la vida alemana, asumiendo aspectos fundamentales de la cultura alemana alternativa: se sumó al movimiento pro desarme y pro paz, al movimiento verde de defensa del medio ambiente y a la construcción de nuevas relaciones humanas. Respaldado por el CIM regresó a Chile, para trabajar en un Hogar de Niños en situación irregular, perteneciente al Obispado de San Felipe, entregando los conocimientos pedagógicos adquiridos en Alemania. Mario también ha experimentado dificultades en su proceso de integración al medio chileno:

La integración ha sido difícil, sobre todo en un pueblo pequeño. Las resistencias dicen relación con la existencia de profundos recelos profesionales. Existe el temor de que uno le quite el trabajo, por el hecho de haber estudiado en Alemania. En el trabajo me hacían la vida imposible, porque pensaban que podía ascender. ¿Cómo se manifestaba esta hostilidad? Bueno, en el trabajo me dieron un puesto formalmente importante, el de coordinador pedagógico, pero los colegas no asistían a las jornadas pedagógicas que organizaba y la directora del Hogar no me respaldaba, lo que se tradujo en frustración profesional y personal. Por estas razones decidí renunciar al trabajo.

Un año estuve cesante, sin poder encontrar trabajo. Con mi mujer, alemana, pensamos incluso en volver a Alemania si no encontrábamos trabajo. Al final, decidimos quedarnos y gracias al respaldo económico de Suecia y de la Iglesia Luterana alemana y al respaldo institucional del Obispado, organicé un Hogar de Jóvenes y una Casa para Mujeres Jóvenes (maltratadas). De esta manera, estos jóvenes logran vivir en un hogar, tener familia, estudiar e insertarse en la sociedad.

Lo que más me “choqueó” (molestó) en Chile fue el “chaqueteo” (chilenismo que significa “tirar la chaqueta”, impedir que alguien ascienda socialmente o que sea mejor), así como la existencia de “pitutos” (arte de conseguir beneficios por medio de influencias o relaciones amistosas). También me impresionó la poca autenticidad en las relaciones personales. Las relaciones personales son muy sofisticadas, se dan muchas vueltas o rodeos antes de decir la verdad, no se es franco ni abierto. En cambio, en Alemania existe una mayor franqueza en las relaciones personales, los problemas se discuten abiertamente, sin mayores rodeos.

También me impresionó el miedo existente en la sociedad, el temor a una vuelta atrás, a pesar de vivir en democracia. Así por ejemplo, el tema de los derechos humanos se trataba muy restringidamente. La mayoría quiere vivir sin venganzas, sin importarle mayormente la justicia. Decían que habían sufrido mucho. A ello se suma el materialismo y el consumismo, el deseo de tener más cosas, de portar tarjetas de créditos y endeudarse más allá de sus ingresos.

Me ha costado mucho integrarme, no obstante los esfuerzos desplegados en ese sentido. A partir de 1997, después de la separación de mi señora, al romperse una parte del vínculo bicultural (lo mantengo aún con mi hijo), me vi en la necesidad natural de construir nuevos tejidos de relaciones sociales, las que quedaron “liberadas” de ese constante doblarse y responder a dos patrones culturales diferentes. No es que lo “alemán” se me fue, sólo que mis relaciones se hicieron más abiertas. Pero tampoco son fáciles ahora. Por ejemplo, las relaciones amorosas son, muchas veces, difícilísimas, por las distintas expectativas que se despiertan. Ahí mantengo una cierta influencia alemana: no me dejó “atrapar” tan rápidamente... Pero he tenido que empezar a vivir más a fondo la realidad chilena, tal cual como ella es y fui, de esta manera, mejor aceptado, como uno más de ellos. Pero a pesar de este cambio, aún tengo problemas de integración. Me increpan que soy muy “frío” en las relaciones personales, muy alemán... Lo que no es cierto, simplemente soy diferente. Es muy dura la integración (entrevista a Mario, retornado de Alemania, 4.6.2000).

La dificultad de la integración se explica por las transformaciones sociales y culturales que experimenta tanto el que retorna como la sociedad en la que quiere insertarse. A los chilenos en general no les interesa que retornen los que se fueron, sobre todo si pueden representar una “amenaza” a sus posiciones. Además, los que se fueron ahora son “diferentes”, es decir, son extranjeros, se germanizaron (en el caso de los que vivían en Alemania) y ello molesta a los chilenos, acostumbrados a discriminar a las minorías, a las étnicas como el pueblo mapuche por ejemplo. El chileno “de afuera”, ahora ex exiliado, resulta demasiado “diferente”, no representa el Chile de hoy, lo que él es como ciudadano en la homogeneidad simplificadora del mercado. Este chileno no quiere escuchar otro discurso, después del “sacrificio” que hicieron, al hacer patria permaneciendo en el país. A ello se agrega la cultura

de la desconfianza y el individualismo premoderno imperantes, dificultando aún más las relaciones humanas.

Las cosas malas que en este país ocurren se hacen también con “orgullo” nacional. Una vez un nuevo chileno estacionó indebidamente su inmensa camioneta en un supermercado y se fue a comprar, obstruyendo la salida de mi auto y la de otros que igual que él hacían compras, no obstante que había otros estacionamientos libres. Cuando le pregunté de buena forma por qué se había estacionado allí en medio de la calle, respondió: “Bueno, si no les gusta vuélvanse a su país...” No era necesario disculparse frente a extranjeros. Otro ejemplo similar, pero más fuerte ocurrió en 1996: con motivo de un conflicto estudiantil en la universidad, un pequeño grupo de estudiantes escribió en un muro “que retornen al exilio”, refiriéndose a docentes que habían vivido en el exilio, no obstante que los problemas en cuestión se relacionaban con la falta de recursos estatales para las universidades y a pesar de que los docentes retornados apoyaban con fuerza la causa estudiantil. Era muy duro leer esa frase fascistoide o cargada de resentimiento. Por cierto que no se debe ni se quiere generalizar. Pero cuesta ser aceptado, ser reconocido. Ello sólo es posible en la medida que se construye un espacio propio, aceptando las reglas locales, pero sin renunciar a la diferencia, a la identidad propia.

La diferencia hoy es un valor universal. Precisamente el proceso de globalización que afecta al mundo deja espacios a la diferencia. Una identidad global sería una especie de etiqueta de masas, difícil de sostener en el tiempo. La diversidad local o regional, las formas alternativas de pensar y vivir, constituyen pilares fundamentales de construcción de arraigo e identidad. El cultivo de la diferencia enriquece la sociedad, proporcionándole más opciones posibles de desarrollo y superación de sus diversos problemas.

Con el tiempo y la perseverancia y, sobre todo, mostrando una actitud “positiva” o constructiva –muy valorado en la sociedad chilena– se logra obtener el reconocimiento social, echando nuevas raíces, desde la diferencia y con acento alemán.

¿A qué sociedad se pertenece? La globalización o la aldea global, de que tanto se habla, no tiene respuesta para esta pregunta. Sólo puedo adelantar que en la medida en que Chile es cada vez menos país, en la medida en que se desterritorializa junto con sus productos de exportación y la navegación por internet, en esa misma medida resulta vital haber asimilado otra cultura, para autosostenerse en un mundo frágil e incierto y contribuir desde la diversidad al desarrollo del nuevo país, que aún está por nacer a partir de todos nosotros.

BIBLIOGRAFÍA

- AHUMADA, EUGENIO; RODRIGO ATRIA, JAVIER LUIS EGAÑA, AUGUSTO GÓNGORA, CARMEN QUESNEY, GUSTAVO SABALL Y GUSTAVO VILLALOBOS (1989). *Chile: La memoria prohibida*. Tomos I, II y III. Pehuén, Santiago.
- COMISIÓN NACIONAL DE VERDAD Y RECONCILIACIÓN, presidida por Raúl Rettig (1991). *Síntesis del Informe de la Comisión Verdad y Reconciliación*. Comisión Chilena de Derechos Humanos / Centro IDEAS. Santiago.
- GUILLAUDAT, PATRICK Y PIERRE MOUTERDE. *Los movimientos sociales en Chile 1973-1993*. LOM. Santiago, 1998.
- LIRA, ELIZABETH Y BRIAN LOVEMAN. "Derechos humanos en la transición 'modelo': Chile 1988-1999". En: Drake, Paul e Iván Jaksic (compiladores). *El modelo chileno. Democracia y desarrollo en los noventa*. LOM. Santiago, 1999.
- MOULIAN, TOMÁS (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. LOM, Santiago.
- ROJAS, JORGE. "La sociedad chilena postdictatorial. Entre la modernización y el imaginario democrático", *Nueva Sociedad* N° 165, Caracas, enero-febrero, 2000.

